

vago y fugitivo como una fiera, temer de su misma sombra y no poder sufrir el peso enorme de su delito. Yo veo á Saul, al prevaricador Saul, poseido de odio y de mortal envidia, desgarradas sus entrañas con el cuchillo de la emulacion y del encono, no tener un momento de paz y tranquilidad, acometido de espectros y fantasmas horribles, ahogado con los duros cordeles de sus pecados, pasar una vida miserable y reprobada y experimentar una muerte desdichada y funestísima. Yo veo á Antioco, al orgulloso Antioco, cercado de los dolores del infierno y mordido de las serpientes voraces, de tantos latrocinios, sacrilegios y profanaciones, hacerse aborrecible á los hombres, intolerable á sí mismo, llevar dentro del pecho un veneno rabioso que le roe las entrañas y exhalar su abominable alma entre desesperaciones y mortales congojas. Yo veo á un Neron cruel, á un Calígula sanguinario, á un Tiberio voluptuoso, á un Alejandro soberbio, á un Dionisio avariento; pero ¿para qué me canso? Yo veo á todos los pecadores arrastrando las pesadimas cadenas de sus culpas, llenos de tristeza y de opresion, de temores y zozobras, sin que el dia los alegre, ni la noche los consuele, ni la comida los nutra, ni el sueño los tranquilice, ni los amigos los complazcan, ni los juegos los diviertan, ni cosa alguna temple la amargura de su oprimido corazon.

Nadie me abone el partido del vicio ni me venga con apologías á favor de los deleites que ofrece; que le desmentiré cara á cara y le negaré redondamente todos sus alegatos. Deleites verdaderos, vosotros sois frutos peculiares de la virtud. Placeres inocentes, vosotros no habitais sinó en la casa de Dios. Dulzuras sencillas y reales, vosotros no teneis que ver con los amadores del mundo, sólo pertenecen á los primogénitos del rey de los cielos. ¿Quién goza en su corazon aquella paz dichosa que, segun el Apóstol, sobrepuja todo sentido, sinó los justos y virtuosos? ¿Quién duerme sosegado en medio de las borrascas y mareas de este golfo proceloso que todos navegamos, sinó los justos y virtuosos? ¿Quién lleva consigo las cartas credenciales y el sello de seguridad en el camino que guia á la pátria, sinó los justos y virtuosos? Pues estos bienes comunicados al justo no pueden dejar de darle alegría, placer, deleite y contentamiento lleno, segun lo sufre el estado de esta miserable vida. Convertíos á mí, clama el Señor por Malaquías, y vereis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, entre el que sirve á Dios y el que sirve á sus vicios, á sus deleites y á sus pasiones.

¡Oh Dios mio! ¡cuán cierto es que en solo tí se encuentran todos los bienes! En tí se encuentran tesoros, porque eres el Dios de las

riquezas. En tí se encuentran honores, porque eres el Dios de la gloria. En tí se encuentran deleites, porque eres el Dios de las dulzuras. Pero, aunque no comunicases estas ventajas á los que te sirven y aman, bastara el ser tú quien eres, para servirte y amarte sobre todo lo criado. Danos gracia para hacerlo dignamente en esta vida y continuarlo despues en la eternidad de la gloria. Amen.

VIRTUD; véanse los tratados: VICIO y VIRTUD, y DEVOCION (LA VERDADERA Y FALSA).

---

## VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

---

*Jam non dicam vos servos... Vos autem dixi amicos.*

Ya no os llamaré siervos... Mas á vosotros os he llamado amigos.

(JOANN. XV, 15.)

Despues de la santa Misa, la oracion por excelencia, la que más se le parece, es aquella oracion silenciosa y muda que se hace al pié del altar; ó más bien, aquella conversacion piadosa, aquella expansion del corazon que se entabla entre Jesucristo y el alma fiel, cuando salida del templo la multitud, y apagadas las luces, arde solitaria la lámpara, símbolo del misterio que se consume en la sombra y en la dulce intimidad de dos amigos; ya comprendereis que me refiero á las Visitas al Santísimo Sacramento. De estas Visitas voy á ocuparme en el presente discurso. Imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

1. Nosotros podemos y debemos visitar á Jesucristo, que habita en nuestros tabernáculos; pero distingamos, hermanos míos, tres clases de visitas, como en tres clases dividimos las que se hacen en el mundo: esto es, visitas de etiqueta, visitas de ceremonia y visitas de amistad. En el mundo llámense visitas de etiqueta aquellas que se hacen por fuerza, por deber, por posicion social; tales son las que se deben á los superiores. A estas visitas pueden compararse las que á Jesucristo hacen los fieles cuando en los domingos y las fiestas asisten á la

misa, obligados por el precepto de la Iglesia, que nos convoca en sus templos en día fijo y horas determinadas, para tributar á Dios la adoracion y los homenajes que todas las criaturas le debén; y, en especial, para atestiguar á Jesucristo, que va á descender sobre el altar, nuestro reconocimiento por la grande obra de la redencion humana, cuyo beneficio recibe todo cristiano en su bautismo, y cuya memoria se renueva durante el santo sacrificio. Confieso, hermanos carisimos, que la mayor parte de los fieles hacen esta visita de muy buena voluntad; pero tambien es preciso confesar que la hacen por fuerza, puesto que hay una ley que á ello les obliga.

Las visitas de ceremonia son aquellas que en el mundo se hacen por pura conveniencia, ó buen tono, y suelen ir acompañadas de todo el lujo y aparato de las pompas del siglo. Si se me permite una comparacion, quizás algo profana, pero que explica todo mi pensamiento, os diré, carisimos hermanos, que estas visitas corresponden á nuestras fiestas, á nuestras grandes solemnidades, á nuestras piadosas reuniones, en las cuales la santa Iglesia acostumbra desplegar todo el lujo y todas sus pompas: el resplandor de las luces, la armonía de los cánticos, la riqueza de los ornamentos sagrados, la elocuencia de los oradores sagrados, todo lo que tiene ella de más brillante y pomposo. No cabe duda que por estas fiestas mostramos una predileccion especial, y con nuestra piadosa presencia acrecentamos el número de los que á ellas asisten, y contribuimos por nuestra parte y en lo que de nosotros depende, á glorificar y honrar al huésped divino que con su gracia nos invita. Confesemos, empero, que si asistimos á tales fiestas con puntualidad, y hasta con regocijo, no es por obligacion, sino por un acto libre de nuestra voluntad; aunque pudiese y hasta mereciese ser calificado de acto en sumo grado inconveniente el dejar de hacerlo muchas veces sin justificado motivo. Estas son las visitas que en el sagrado recinto calificamos de visitas de conveniencia.

Réstanos saber ahora, hermanos míos, si debemos hacer á nuestro divino Salvador visitas de amigo, y si las que hacemos al Santísimo Sacramento pueden corresponder á este tercer género de visitas.

Por de pronto; ¿nos atreveríamos nosotros á tratar con la llaneza de amigo al Hijo de Dios, quien, aunque revestido de nuestra pobre naturaleza humana, conserva no obstante todas las perfecciones adorables, todos los atributos infinitos, todas las grandes prerogativas de la magestad suprema? Sí; podemos y debemos atrevernos á hacerlo, puesto que él mismo quiso tratarnos como amigos. Con efecto; los tres años de su vida pública los pasó con sus discípulos en la intimidad más perfecta, conversando, comiendo y viajando familiar-

mente con ellos, acostándose debajo del mismo techo y dividiendo con ellos las fatigas y los trabajos de cada día.

Pero la más fuerte y convincente prueba de su amistad con los hombres es el dulce nombre de amigo que brota constantemente de sus lábios, y el dejarse llamar amigo de los pecadores y de los publicanos: *amicus publicanorum et peccatorum* (Luc. vii, 34). Y para que nadie sospeche que toma por injuria este dictado de amigo de los pecadores, declara terminantemente, que no ha descendido del cielo á la tierra para los justos, sino para los pecadores, y que los enfermos son los que tienen necesidad de médico, y no los que gozan de perfecta salud. Lázaro acababa de morir; y al participarle este infausto suceso, su corazón de *amigo* se estremeció y se le arrasaron los ojos en lágrimas: *lacrymatus est Jesus*; enjugando, empero, inmediatamente las lágrimas, dijo á sus discípulos: Lázaro, *nuestro amigo*, duerme; voy á despertarle de su sueño: *Lazarus amicus noster dormit...* Entónces fué cuando dirigiéndose al sepulcro, y mandando quitar la piedra que lo cubria, otorgó á la amistad uno de los más estrepitosos milagros de la omnipotencia divina, quiero decir, la resurreccion de un cadáver amortajado cuatro días hacia, y que ya empezaba á romperse (JOANN., xi, 44-59).

Citemos, empero, otro hecho que dá todavía más fuerza á mi pensamiento. Jesucristo, en el Huerto de las olivas, exhortó á los tres discípulos que le habian acompañado al santo monte que orasen, y en seguida se entregó á una sangrienta agonía. Vino luego otro discípulo suyo á interrumpirle en aquel sublime prelude de su dolorosa pasion, y el Salvador le dijo: *¿Amice, ad quid venisti?... ¿Amigo, á qué vienes? ¿Y sabeis á quién se dirige? ¿Por ventura á Pedro, á Juan ó al otro hijo del Zebedeo, que con él oraban? Nó; se dirige á Judas que le ha hecho traicion. ¡Y á este traidor llama su amigo! ¿Amice, ad quid venisti?... (MATTH. xxvi, 50).*

Finalmente, para que nadie crea que en boca de nuestro Salvador el dulce nombre de amigo es una locucion habitual que no expresa sentimiento alguno de su corazón, póngase atencion en otra circunstancia que juzgo á propósito recordar. En una de aquellas suaves y deliciosas expansiones de su alma, en que solia manifestar á sus discípulos todo el afecto que les profesaba, asegúroles que les amaba como él era amado de su Padre; y con esta ocasion, les exhorta á que se amen entre sí como él los ha amado; declarándoles formalmente en seguida, que ellos son sus *amigos*: *vos miki amici estis*; y añadiendo en prueba de este amor, que nada les ha ocultado nunca, sino que, por el contrario, les ha comunicado abierta y cordialmente

los secretos profundos de su eterno Padre; y que no fueron ellos los que escogieron á Dios por su amigo, sinó que él. Hijo de Dios, y Dios verdadero, se dignó adoptarles como tales; por cuyo motivo de allí en adelante, ya no les dará otro nombre que el dulce de amigos: *jam non dicam seruos... vos autem dixi amicos* (JOANN. xv, 14, et 15).

Si pues Jesucristo es nuestro amigo, preciso es confesar, que tenemos en él un amigo excelentísimo; un amigo el más noble, más poderoso, más seguro y más fiel.

Es nuestro amigo más noble, puesto que siendo Dios, no hay quien le iguale; es nuestro amigo más rico y más poderoso, porque tiene todas las cosas en sus manos divinas, y puede ponerlo todo á disposición nuestra; es nuestro amigo más seguro, es decir, el más inteligente y discreto, que no puede hacernos traicion ni por debilidad ni por necesidad; que en caso necesario sabe decirnos interiormente la verdad, por amarga que sea, y rehusarnos las gracias que nos serian perjudiciales; es nuestro amigo el más fiel, pues no cambia segun el viento de la fortuna, ni se retira juntamente con el poder ó la prosperidad; sinó que, por el contrario, ama al pobre lo mismo que al rico; á los débiles, pequeños é ignorantes, no ménos que á los grandes y á las personas instruidas; y que dirige á los desgraciados á los afligidos de toda clase, estas palabras de las más franca amistad: «Venid á mí sin excepcion todos los que andais agobiados con los trabajos, y cargas, que yo os aliviaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (MATTH. xi, 28.)

Finalmente, para volver á mi asunto, del cual, preocupado con la idea de demostraros que podemos con derecho tratar de amigo á nuestro divino Salvador, me habia separado algun tanto; digo: que es un amigo que está siempre dispuesto á recibirnos, y que por lo mismo, las visitas al Santísimo Sacramento, son las únicas que responden á ese tercer género de visitas, que llamamos de amistad.

La amistad se conserva con el trato frecuente, con las conversaciones familiares; y desde que largas distancias separan á los amigos, y sólo raras veces pueden verse, y cesa la intimidad de relaciones, su amistad se enfria, si es que no llegan á olvidarse uno de otro. Ahora bien; ¿cómo podremos conservar y fomentar esa amistad verdadera con que se ha dignado honrarnos nuestro Salvador, sinó visitándole en el Santísimo Sacramento? ¿Pretenderíamos sostener esta amistad con el decoro conveniente, hablando con él en nuestras casas, por lo mismo que, siendo Dios, está presente en todas partes? Téngase presente que en cuanto Dios, es nuestro soberano dueño, nuestro padre, si quereis; pero, no es nuestro amigo; este glorioso título nos

lo dá tan sólo como Dios Hombre, como Salvador. Pues bien, como Dios Hombre, reside únicamente en el cielo y en nuestros tabernáculos. ¿Escogeríamos, por ventura, para nuestra amistosa conversacion con Jesucristo, el tiempo de la misa ó de las piadosas reuniones y de las brillantes y religiosas ceremonias? No; porque la multitud es considerable, y no sólo el ruido, sinó el mismo brillo, distrae la atencion, haciendo imposible toda conversacion de intimidad. Luego, las piadosas y solitarias visitas son indispensables para conservar con Jesucristo las relaciones íntimas, afectuosas y tiernas que exige la amistad; y sólo en estas expansiones inefables y divinas, podemos apoyar, como San Juan, nuestra frente sobre su pecho sagrado para percibir los latidos de su corazon adorable, con el dulce y suave calor de la más delicada de todas las amistades. Tan sólo al pié del tabernáculo, es donde verdaderamente podemos nosotros tratar á Jesucristo con la entera familiaridad de un amigo.

¡Oh, hermanos míos! ¿quién podría referir lo que se pasa al pié del tabernáculo, entre Jesucristo y el alma cristiana? Más fácil es sentirlo que expresarlo; pues no hay palabras para encarecer ni para enumerar todas las gracias, todas las mercedes espirituales, todos los dones que el amigo divino derrama sobre las almas fieles desde los sagrados tabernáculos.

2. Se refiere en el antiguo Testamento, que estando el santo rey Ezequías sitiado en Jerusalem por el formidable ejército de Senaquerib, envióle este rey de los asirios algunos embajadores con una carta llena de insultos y blasfemias contra Dios verdadero, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, á quien comparaba con los falsos dioses de las naciones que no habian podido salvar á sus adoradores. Apenas hubo Ezequías leído la carta, se dirigió al templo, oró con fervor, pidiendo al Señor confundiese á aquel orgulloso monarca, y salvase á Jerusalem; la noche siguiente, los cadáveres de ciento ochenta mil guerreros del ejército asirio cubrian los campos de Judá (IV, REG. xix, 14).

Carísimos hermanos; ¿quién hay en este valle de lágrimas que no se halle frecuentemente en la triste situacion del rey de Judá, asaltado por numerosos enemigos, y sin esperanza de humano socorro? ¿Qué hacer en tan críticas circunstancias? Lo que hizo Ezequías, ir al templo, prosternarse al pié del sagrado tabernáculo, manifestar á Jesús todos los apuros en que nos encontramos, todas nuestras penas, todos nuestros dolores, las pasiones que hemos de domar, los enemigos que debemos vencer, y reconociendo nuestra propia flaqueza, pedir al que todo lo puede y nos honra con el título de amigos, se

digne concedernos el triunfo. El cristiano que acude á Jesús sacramentado con toda confianza y sencillez de corazón, puede estar seguro de que vencerá á sus enemigos, y los verá abatidos, aunque éstos fueran en mayor número que los soldados del orgulloso rey de Asiria. Ezequías se prosternó ante un tabernáculo que no contenía sino sombras y figuras; en el tabernáculo cerca del cual os convocamos, y hácia el cual os recomendamos que dirijais vuestros pasos, encierra al mismo Hijo de Dios, al que por nosotros murió en el Calvario, al que nos alimenta con su sagrado cuerpo y su preciosísima sangre; ¿cómo podemos dudar que nos hará triunfar de los enemigos de nuestra salvacion, que lo son tambien de su gloria?

Vosotros, hermanos carísimos, vendreis á aumentar el número de las almas fervorosas que nos regocijan y edifican, y que ponen un especial empeño en que Jesucristo no permanezca en el fondo del santuario solo y sin adoradores. Sé muy bien que algunos de los que me escuchais no podeis hacerle frecuentes visitas; léjos de censurar á estas personas, las compadezco de que no tengan tiempo ni facilidad de cumplir con sus piadosos deseos. Pero hagamos todas las que nos sean posibles, sin faltar á los deberes de nuestro estado; habituémonos, cada uno en la proporcion de sus facultades, á vivir en la tierra lo más frecuente y más familiarmente posible, con un Dios que no se desdeña de llamarnos hermanos (HEB. II, 11) y amigos, y con quien esperamos vivir eternamente en el cielo, que á todos deseo. Amen.

VISITAS; véase: CONVERSACIONES.

VISITAS DE CARIDAD; véanse los tratados: CARIDAD PARA CON LOS PRESOS y CONFERENCIAS DE S. VICENTE DE PAUL.

## VOCACION.

*Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat.*

Manténgase cada uno en el estado que tenía cuando fué llamado.

(I COR. VII, 20.)

Nuestra salvacion depende en gran parte de la eleccion del estado en que debemos vivir; pues es cierto que casi todos los pecados de los hombres nacen de las obligaciones de su estado. Es necesario, pues, proceder con tino en un asunto tan importante; porque ¿qué seria del hombre si tomase otro camino que aquel en que Dios le ha preparado gracias para obrar su salvacion? Solamente Dios, que ve nuestros corazones, y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos, es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él sólo debemos consultar en un negocio en que él sólo nos puede iluminar y guiar. Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen más parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el más irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la fe en un punto tan importante de la doctrina cristiana.

Es verdad, que la mayor parte de los que me oyen han hecho ya eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inútil el manifestarles en el defecto de la vocacion, la primera raíz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que, respetando el orden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se hagan árbítrios de la suerte de sus hijos, porque ésta está en las manos del Señor.

Este, pues, es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es, entre todas las circunstancias de la vida, en la que con más frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es, entre todas las circunstancias de la vida, en la que más debe temerse el engaño.